



LITERATURA

COLLYER AL ACECHO

Notables críticas en Estados Unidos y la publicación de un nuevo libro de cuentos y una novela marcan el momento de este narrador que ha vivido una experiencia de "auge y caída" con la crítica chilena.

J VALERIA DE LOS RÍOS aime Collyer (42) se define como un escritor en serio. Dice que trabaja meticulosamente cada texto, cada una de las líneas que escribe a mano y que luego pasa al computador. Sus borradores son sucios y lo confiesa sin vergüenza: su letra es "ilegible" y las páginas "están llenas de tachaduras".

Tan meticuloso es, que puede llegar a dos o tres versiones del mismo texto. Tampoco el título es gratuito. Para él, es ahí donde verdaderamente comienza un cuento. Por eso anota siempre varias opciones y hace escoger a sus amigos. El lector agradece un buen título, dice. Y seguramente, no sólo los lectores.

En enero, los suplementos literarios de *The Philadelphia Enquirer* y de *The New York Times* tomaron la palabra respecto a Collyer. El motivo: la publicación de su libro de cuentos *Gente al*

acecho en Estados Unidos en agosto del 96, con el título de *People on the prowl*. Los comentarios de los críticos: "Es un narrador nato"; "*Gente al acecho* es la venganza o el triunfo de lo primitivo"; "Predomina en sus narraciones la cualidad en extremo civilizada de su intelecto, proclive a la burla a costa de la imaginación, pero también aflora en ellas, ocasionalmente, una faceta algo más emotiva".

Si algo no le falta a Collyer es la imaginación y la ironía. Es capaz de escribir desde una historia de espías ambientada en una dictadura latinoamericana (*El infiltrado*, 1989), hasta una tragicomedia en la que un antropólogo se enamora de una oveja mientras en el trasfondo se está organizando una guerrilla maoísta (*Cien pájaros volando*, 1995). *Gente al acecho*, el objeto de admiración de los críticos norteamericanos, no se queda atrás: versiones contemporáneas de canibalismo en el Amazonas, viajes exóticos siguiendo la ruta de Colón, faraones egipcios resucitados, un *ménage a trois* entre un si-

quiata judío, Lou Andreas Salomé y Friedrich Nietzsche, por nombrar algunos de los materiales.

Este sicólogo, que además ha realizado posgrados en relaciones internacionales y en ciencias políticas y que escribe regularmente su columna "El Eslabón Perdido" en *Hoy*, decidió dedicarse definitivamente a escribir a los 28 años, cuando se encontraba becado en España. En ese entonces había presentado sus papeles para hacer un doctorado en la Universidad Complutense de Madrid y lo habían aceptado:

-Cuando supe eso, sentí como un abismo. Estar haciendo dos o tres años un doctorado, ¡y de psicología! En ese momento me di cuenta de que no sería sicólogo. Fue una deserción. Entonces empecé a escribir todos los días, sistemáticamente, y adopté un método muy simple, prestado de Hemingway y de otros escritores anglosajones, que consiste en escribir una cuota de palabras al día -500 como mínimo-, no importa si buenas o malas. De eso se preocupa uno después, en el proceso de corrección y edición.

Ahora Collyer trabaja en un nuevo libro de cuentos que publicará en julio, y en su tercera novela, que aparecerá a fines de año. Como siempre, escribe en su asoleado departamento de Marcoleta, escuchando preferentemente a Pat Metheny y sacándose de vez en cuando el *I Ching*, como lo delata el libro y las tres monedas idénticas que tiene sobre una mesa. "Es para tomar decisiones importantes, como con cuál editorial publicar mis libros", dice, medio en broma, medio en serio.

-¿Qué le pareció lo de la crítica? Esto podría ser algo así como su "salto al exterior" como escritor.

-Bueno, me pareció muy halagüeño. Se siente que hay cierta receptividad con lo que uno está haciendo, un oído atento a buscar ciertas claves. La crítica de *The Enquirer* fue muy certera al buscar un hilo conductor entre los cuentos; eso fue un aporte para mí. Pero de todos modos me lo tomo con cautela. Cualquier crítica, negativa o positiva, hay que tomarla con pinzas, porque los críticos suelen ser muy volubles y caprichosos. En todo caso, creo que es una buena manera de darse a conocer. Seguramente mi próximo libro recibirá mayor atención.

-Y con este éxito de la crítica, ¿no se le han presentado ofertas para traducir también sus novelas al inglés?

-Como que yo mismo he dejado de lado mis libros previos. *El infiltrado* me parece una novela muy restringida en tér-

minos históricos, y no es que crea que escribir sobre un determinado período sea un problema. Es por un asunto personal: quiero trabajar con los textos que vienen, porque sacar los viejos manuscritos del cajón no es la idea.

"De todos modos, mi editor neoyorquino tiene ya cien páginas traducidas de *Cien pájaros volando* y las está haciendo circular para darlas a conocer".

-La crítica de su libro en Chile, ¿fue tan positiva como la norteamericana?

-Viví una experiencia de auge y caída en Chile. *Gente al acecho* le llenó el gusto a todo el mundo; el texto era muy cosmopolita, muy heterogéneo. Pero mi segunda novela fue rechazada por críticos relacionados con un medio de prensa muy conservador. Me refiero a *El Mercurio*. Se me criticó con argumentos perfectamente lógicos y literarios, pero me enteré bajo cuerda que la editora del suplemento literario se había escandalizado con el tema del libro y lo había encontrado obsceno. De dónde el temor, me pregunto. Aparentemente es aceptable tratar la zoofilia de un personaje rural, pero si se trata de un intelectual, un hombre casado, no. Eso causa problemas, no alcanzo a saber por qué, y tampoco me importa saberlo.

"Creo que la opinión pública está manipulada por los sectores fundamentalistas conservadores. Si no haces la cuota de reverencias necesarias, o si escribes cosas demasiado problemáticas, quedas fuera de esos medios o quedas despachado como elemento conflictivo. En ese sentido hay colegas que me han decepcionado, ya que han llegado a transar en sus temas. Si no tienes libertad para escribir, no entiendo para qué eliges esta profesión".

-¿Por qué la eligió usted?

-Porque sentía que las disciplinas que estudiaba -especialmente la psicología- eran cada vez menos afines conmigo y estaba cada vez más convencido de que ellas no servían para explicar al ser humano. Me parece que funcionamos por oleadas de emoción y somos contradictorios y paradójicos. Si una disciplina social trata de explicar esto, fracasa. Creo, sin embargo, que la literatura entrega esa posibilidad. Cuando es buena, por supuesto.

-Suponiendo que existe la "nueva narrativa chilena", ¿se siente parte de ella?

-Creo que negar la existencia de la nueva narrativa es absurdo, y sí me siento parte de ella. De todas maneras, no creo que sean parte de ella todos los que



Jaime Collyer. "La literatura es una mascarada, un juego de ocultamiento deliberado".

están, ni que estén todos los que son: hay algunos que se han mantenido fuera de este juego de vanidades y hay mucho impostor que en algún minuto dejará de escribir.

-¿Cómo es su relación con sus colegas?

-Con otros escritores tengo relaciones cordiales y, en general, trato de promover sus obras en el extranjero. Creo que hay buenos representantes, como Luis López Aliaga, Gonzalo Contreras, Darío Oses, Mauricio Electorat, Alejandra Rojas y Ana María del Río. Pero encuentro que

hay muchos que se han creído el cuento de ser escritores consagrados y otros que son autorreferentes y escriben de su propia experiencia. Si la literatura fuera eso, se trataría de un ejercicio de puro narcisismo, como la mirada al espejo de la madrastra de Blancanieves.

"Otro reproche que hago a mis colegas es la insistencia en el realismo. Muchos de ellos, al escribir un libro, hacen un trabajo de documentación, van a la Biblioteca Nacional, visitan los lugares sobre los que escriben.

"Creo que la literatura es una masca-

rada, un juego de ocultamiento deliberado. Para mí escribir es calcular el texto en sus más mínimos detalles para provocar un efecto determinado en el lector. No hay que entretenerlo, sino doblegar su voluntad. No importa ser realista. Uno puede hablar de un lugar que no conoce y utilizar ciertos clisés que la gente maneja. Así se crea una atmósfera y el lector puede llegar a creer que lo que se cuenta realmente sucedió”.

-¿Cuáles son los temas que lo acechan como escritor?

-Cuando armé *Gente al acecho* no

había un hilo conductor. Los textos los había escrito en diferentes épocas y en distintos lugares (parte en España y parte en Chile). Incluso el título es muy ambiguo, que no dice mucho. Uno puede estar al acecho, emboscado de diferentes formas. Fue un crítico quien notó cierta temática común en mis cuentos: frente al barniz civilizatorio, teniendo en cuenta toda nuestra formación académica y nuestro bagaje conceptual, abstracto, permanece un rasgo primitivo, primigenio, ancestral en todos nosotros, que acecha y que aflora cada cierto tiempo, arrasando

hasta con nuestras mejores intenciones. Me gusta pensar que en nuestro cerebro antiguo todavía permanecen tendencias como la cooperación y la poligamia.

-Y los mismos temas, ¿están presentes en su nuevo trabajo?

-Sí. Tengo listos ocho cuentos de un total de 12 y el tema de lo primitivo está presente. El tema de la novela prefiero no comentarlo, por supersticioso, pero puedo decir que su trama está lista.

-¿Publicará en Chile?

-Tengo una puerta abierta en España, y creo que esa sería mi meta. •